

Pesadillas[®]

EL ESPANTAPÁJAROS CAMINA A MEDIANOCHE

R. L. STINE

PRIMER CAPÍTULO

H Editorial Hidra



—¡Eh, Jodie! ¡Espérame!

Me giré y entrecerré los ojos por la brillante luz del sol. Mi hermano Mark aún estaba en el andén de la estación. El tren ya se había ido. Vi cómo serpenteaba a los lejos, entre los campos verdes.

Di media vuelta hacia Stanley, el empleado de la granja de mis abuelos. Estaba a mi lado, llevando las dos maletas.

—Busca en el diccionario la palabra «tortuga» y verás una foto de Mark —le dije.

—A mí me gustan los diccionarios, Jodie —me respondió sonriente—. A veces los leo durante horas.

—Vamos, Mark. ¡Muévete! —grité. Pero él se tomaba su tiempo y caminaba lentamente, como de costumbre.

Me sacudí el pelo y volví a mirar a Stanley. Había pasado un año desde nuestra última visita a la granja, pero Stanley seguía igual.

Es delgadísimo. «Como un fideo», dice siempre mi abuela. El mono vaquero que lleva le queda unas cinco tallas grande.

Stanley tiene unos cuarenta o cuarenta y cinco años, creo. Lleva el pelo negro muy corto, casi rapado. Tiene las orejas enormes. Sobresalen bastante y suelen mostrar un tono rojizo. Y sus ojos grandes y marrones me recuerdan a los de un cachorrito.

La verdad es que no es muy listo. El abuelo Kurt siempre dice que Stanley trabaja a medio gas. Sin embargo, a Mark y a mí nos cae muy bien. Tiene un sentido del humor muy peculiar. Es amable y simpático, y cada vez que visitamos la granja se le ocurren mil cosas espectaculares que enseñarnos.

—Estás muy guapa, Jodie —dijo Stanley, las mejillas tan rojas como las orejas—. ¿Cuántos años tienes?

—Doce —le dije—. Y Mark tiene once.

Se quedó pensativo.

—O sea, veintitrés —bromeó.

Los dos nos echamos a reír. ¡Nunca sabes qué será lo próximo que va a decir!

—Creo que he pisado algo asqueroso —se quejó Mark al darnos alcance.

En cambio, siempre sé qué va a decir Mark. Mi hermano solo conoce tres palabras: «chulo», «raro» y «asqueroso». En serio. Ese es todo su vocabulario.

Para hacer la gracia, en su último cumpleaños le regalé un diccionario.

—Eres muy rara —me dijo cuando se lo di—. Este regalo no es nada chulo.

Se restregó las zapatillas contra el suelo mientras seguíamos a Stanley hacia la destartalada camioneta roja.

—Cógeme esto —me dijo Mark, intentando encasquetarme su mochila, llena hasta los topes.

—Ni hablar —me negué—. Llévala tú.

En la mochila llevaba el iPod, varios cómics, la Nintendo 3DS y por lo menos cincuenta juegos. Yo ya sabía que mi hermano tenía la intención de pasarse el verano entero tumbado en la hamaca del patio trasero de la granja, escuchando música y jugando con la consola.

Pues... ¡ni de broma!

Mamá y papá dijeron que me tocaba a mí asegurarme de que Mark salía afuera y disfrutaba de la granja. Nos pasábamos el año sin salir de la ciudad. Por eso todos los veranos nos enviaban un mes a visitar a los abuelos Kurt y Miriam, para que disfrutáramos del aire libre.

Nos detuvimos al lado de la camioneta mientras Stanley sacaba las llaves.

—Hoy hará muchísimo calor —dijo—, a no ser que refresque un poco.

El típico parte meteorológico de Stanley. Observé el enorme campo de hierba que había más allá del aparcamiento de la pequeña estación de tren. Miles de dientes de león flotaban en el cielo azul.

¡Era tan bonito!

Y estornudé, claro.

Me encanta visitar la granja de mis abuelos. El único problema es que me da alergia casi todo lo que hay por allí. Por eso mamá me suele meter en la maleta mi medicina contra la alergia y un montón de pañuelos.

—Salud —dijo Stanley. Lanzó nuestras dos maletas en la parte de atrás de la camioneta.

—¿Puedo subirme detrás? —preguntó Mark después de dejar su mochila. Le encanta tumbarse, observar el cielo y dar brincos sin parar.

Stanley es un pésimo conductor. Por lo visto no es capaz de concentrarse en conducir a la velocidad adecuada todo el rato. Siempre toma las curvas demasiado rápido y hace brincar la camioneta.

Mark se subió atrás y se estiró al lado de las maletas. Yo me monté al lado de Stanley.

Unos instantes después, íbamos por el camino estrecho y tortuoso que conducía a la granja. Miré por la ventanilla polvorienta y vi los campos y las granjas que dejábamos atrás. Todo era verde y rebosaba vitalidad.

Stanley sujetaba con fuerza la parte superior del volante, con ambas manos. Estaba rígidamente inclinado hacia delante y miraba por el parabrisas sin pestañear.

—El señor Mortimer ya no cultiva su parcela —me dijo. Despegó una mano del volante y me señaló la enorme granja blanca que se asentaba en la cima de una colina verde muy inclinada.

—¿Y eso? —pregunté.

—Ha muerto —me respondió Stanley, solemne.

¿Veis lo que decía? Uno nunca sabe qué va a soltar Stanley.

Dimos un bote al superar un surco del camino. Seguro que Mark se lo estaba pasando en grande detrás.

La carretera pasa por el pueblecito, tan pequeño que ni siquiera tiene nombre. Los granjeros siempre lo han llamado «el pueblecito». Hay un colmado, una mezcla de gasolinera y supermercado, una iglesia con un campanario pintado de blanco, una ferretería y un buzón.

Justo delante del colmado había dos camionetas aparcadas. No vi a nadie cuando pasamos por su lado.

La granja de mis abuelos se encuentra a unas dos millas del pueblo. A medida que nos acercábamos fui reconociendo los campos de maíz.

—¡Sí que ha crecido ya el maíz! —exclamé, mirando por la ventanilla—. ¿Ya lo habéis probado?

—Solo para cenar —contestó Stanley. De pronto, redujo la velocidad y me miró a los ojos—. Los espantapájaros caminan a medianoche —murmuró en voz baja.

—¿Eh? —No sabía si lo había oído bien.

—Los espantapájaros caminan a medianoche —repitió, clavando sus grandes ojos de cachorrillo en los míos—. Lo he leído en el libro.

No supe qué decir, así que me reí. Pensé que quizá me estaba gastando una broma.

Días después supe que no bromeaba.

2

Ver la granja delante de nosotros me llenó de felicidad. No es una granja muy grande ni muy espectacular, pero a mí me gustan todos sus detalles.

Me gustan el establo y sus aromas dulzones. Me gustan los mugidos graves de las vacas que pastan a lo lejos. Me gusta observar los tallos altos del maíz y ver cómo se mecen todos juntos con el viento.

Un poco cursi, ¿no?

También me gustan las escalofriantes historias de fantasmas que el abuelo Kurt nos cuenta de noche, delante de la chimenea. Y tengo que añadir las tortitas con pepitas de chocolate de la abuela Miriam. Están riquísimas, a veces hasta sueño con ellas cuando ya he vuelto a la ciudad.

También me gustan las caras de felicidad que tienen mis abuelos cuando vamos corriendo a saludarlos.

Cómo no, yo fui la primera en bajar de la camioneta. Mark fue tan lento como de costumbre.

Corrí a través del patio de la granja, me moría de ganas de ver a mis abuelos.

Mi abuela Miriam salió renqueando con los brazos bien abiertos. Cerró la puerta al venir, pero entonces vi que el abuelo Kurt la abría y también él salía de la granja.

Me fijé en la cojera del abuelo, había empeorado. Se apoyaba pesadamente en un bastón blanco, cuando él nunca lo había necesitado.

No tuve tiempo de pensar en ello, puesto que a Mark y a mí nos abrazaron hasta casi asfixiarnos.

—¡Qué ilusión me hace veros! ¡Ha pasado tanto, tanto tiempo! —gritó la abuela Miriam, contenta.

Siguieron los típicos comentarios de cuánto habíamos crecido y de cómo ahora ya no parecíamos niños.

—Jodie, ¿de dónde has sacado esa cabellera rubia? En mi familia no hay ni un solo rubio —comentó el abuelo Kurt mientras se frotaba su melena de cabellos canos—. Seguro que proviene de la familia de tu padre. No, ya sé. Me apuesto lo que quieras a que la has comprado en una tienda —añadió, sonriendo. Era su bromilla. Con ella me daba la bienvenida verano tras verano, y sus ojos azules brillaban de emoción.

—Llevas razón. Es una peluca —le dije, riendo.

Tiró de mis cabellos para redondear la broma.

—¿Ya tenéis tele por cable? —preguntó Mark, arrastrando la mochila por el suelo.

—¿Televisión por cable? —El abuelo Kurt se quedó mirando a Mark—. Todavía no. Pero aún nos llegan tres canales. ¿Para qué queremos más?

—No hay MTV —gruñó Mark, con los ojos en blanco.

Stanley pasó por nuestro lado para meter las maletas en la casa.

—Entremos. Debéis de estar muertos de hambre —dijo la abuela Miriam—. He preparado zumo y sándwiches de merienda. Esta noche cenaremos pollo con maíz. El maíz ha salido muy dulce este año. Os va a encantar, seguro.

Mis abuelos se dirigían hacia la granja y yo los contemplé. Los dos parecían más viejos. Se movían más lentamente de lo que recordaba y la cojera del abuelo Kurt sin duda era más grave. Los dos tenían aspecto de estar cansados.

La abuela Miriam es bajita y regordeta. Tiene la cara redonda, rodeada por una cabellera pelirroja rizada. De un rojo luminoso. No hay manera de describir ese color. No sé qué utiliza para teñirlo de ese tono. ¡No se lo he visto a nadie!

La abuela lleva unas gafas rectangulares que la hacen parecer mayor. Le encanta llevar vestidos

sencillos y holgados. Creo que nunca la he visto con vaqueros o pantalones.

El abuelo Kurt es alto y ancho de hombros. Mamá dice que cuando era joven era guapísimo.

—Como un actor de cine —repite siempre.

Ahora el pelo, ondulado y aún muy espeso, lo tiene del todo blanco. Se lo humedece y se lo peina hacia atrás. Tiene también unos ojos azules resplandecientes que siempre me hacen sonreír. Y una barba blanca en su rostro delgado. Al abuelo Kurt no le gusta afeitarse.

Aquel día llevaba una camisa de manga larga a cuadros rojos y verdes, abrochada hasta arriba a pesar del calor que hacía, y vaqueros anchos, manchados en una rodilla, sujetos a unos tirantes blancos.

La comida fue muy entretenida. Nos sentamos alrededor de la larguísima mesa de la cocina. La luz del sol entraba por la enorme ventana. Vi el establo y los campos de maíz que se extendían más allá.

Mark y yo les contamos todas las novedades: les hablamos de la escuela, de los campeonatos de mi equipo de baloncesto, de nuestro coche nuevo, del bigote que se estaba dejando papá.

Por alguna razón, esto último le pareció divertidísimo a Stanley. Rio con tanta fuerza que se atragantó con la sopa de guisantes. El abuelo

Kurt tuvo que alargar el brazo y darle un golpe en la espalda.

Es difícil saber qué hará que Stanley se parta de risa. Como diría Mark, es un hombre muy raro.

Durante la comida no dejé de observar a mis abuelos. Me costaba creer lo mucho que habían envejecido en un solo año. Eran mucho más callados, mucho más lentos.

«Supongo que es lo que tiene envejecer», me dije a mí misma.

—Stanley os enseñará sus espantapájaros —dijo la abuela Miriam mientras nos acercaba el bol de patatas fritas—. ¿Verdad, Stanley?

El abuelo Kurt carraspeó con intensidad. Me dio la impresión de que le estaba indicando a la abuela que cambiara de tema o algo.

—Los he construido yo mismo —dijo Stanley, con una sonrisa de orgullo. Se me quedó mirando fijamente—. El libro. Ahí lo he leído todo.

—¿Sigues yendo a clases de guitarra? —le preguntó el abuelo Kurt a Mark.

Constaté que, por alguna razón, el abuelo no quería hablar de los espantapájaros de Stanley.

—Sí —respondió Mark con la boca llena de patatas fritas—, pero vendí la guitarra acústica. Ahora me he pasado a la eléctrica.

—¿Entonces la tienes que enchufar? —preguntó Stanley. Empezó a reírse como si acabara de soltar un chiste graciosísimo.

—Qué pena que no hayas traído la guitarra —le dijo la abuela a Mark.

—No, de pena nada —me burlé yo—. ¡La leche de las vacas se volvería agria!

—¡Cierra el pico, Jodie! —me espetó Mark. No tiene sentido del humor.

—De hecho, ya se les ha agriado —murmuró el abuelo, ceñudo.

—Un mal augurio. Que a las vacas se les agrie la leche es un mal augurio —declaró Stanley, con los ojos abiertos como platos en una expresión que daba miedo.

—No pasa nada, Stanley —le aseguró la abuela. Le puso una mano en el hombro—. El abuelo Kurt solo bromeaba.

—Chicos, si ya habéis terminado, ¿por qué no salís afuera con Stanley? —dijo el abuelo—. Os hará un *tour* por la granja. Siempre os ha gustado. —Suspiró—. Os acompañaría, pero las piernas... Ya casi no me sostienen.

La abuela Miriam empezó a fregar los platos. Mark y yo seguimos a Stanley por la puerta trasera. Hacía nada que habían cortado el césped del patio de atrás.

El ambiente era muy intenso con ese típico aroma tan dulzón. Vi un colibrí que revoloteaba por el jardín de flores que hay detrás de la granja. Se lo señalé a Mark, pero cuando se dio la vuelta el pájaro ya se había escabullido.

Justo al fondo del patio se alzaba el viejo establo. Sus paredes blancas necesitaban una mano de pintura. Las puertas estaban abiertas y en el interior vi numerosos fajos de heno.

A la derecha del establo, ya casi en los campos de maíz, se encontraba la casita de invitados, donde vivía Stanley con Sticks, su hijo adolescente.

—Stanley, ¿y Sticks? —le pregunté—. ¿Por qué no ha comido con nosotros?

—Ha ido al pueblo —me respondió Stanley, en voz baja—. Ha ido al pueblo montado en un poni.

Mark y yo intercambiamos miradas. Nunca llegaremos a entender del todo a Stanley.

En los campos de maíz se alzaban unas siluetas oscuras, los espantapájaros de los que la abuela Miriam había empezado a hablar. Me los quedé mirando y me puse una mano sobre los ojos para que no me cegara la luz del sol.

—¡Hay un montón de espantapájaros! —exclamé—. Stanley, el año pasado solo había uno. ¿Por qué hay tantos ahora?

No respondió. Por lo visto ni siquiera me oyó. Llevaba una gorra de béisbol negra calada hasta los ojos. Andaba a zancadas, inclinándose hacia delante como una cigüeña, con las manos metidas en los bolsillos de su holgado mono vaquero.

—Hemos visto la granja un millón de veces —me susurró Mark para quejarse—. ¿Por qué tenemos que hacer el *tour* otra vez?

—Oye, cálmate un poco —le dije—. Siempre hacemos el *tour* por la granja. Es una tradición.

Mark refunfuñó para sí mismo. Es muy vago. Nunca quiere hacer nada.

Stanley nos condujo más allá del establo, hacia los campos de maíz. Los tallos eran más altos que yo. Las panochas doradas brillaban bajo los intensos rayos de sol. Stanley alargó un brazo y arrancó una mazorca.

—Vamos a ver si está listo —nos dijo a Mark y a mí, sonriendo.

Cogió la mazorca con la mano izquierda y con la derecha comenzó a desgranarla. Al cabo de unos segundos, le quitó la cáscara y nos enseñó el maíz que contenía.

Lo contemplé y solté un grito de espanto.